

## Entre el ensayo y la filología: Alfonso Reyes, *Cuestiones estéticas* y el Ateneo de la Juventud

Sergio Ugalde Quintana  
*Universidad Nacional Autónoma de México*

Para Gustavo Flores y Victoria Pérez de León

La crítica suele resaltar que el movimiento intelectual del Ateneo de la Juventud representó un cambio significativo en el ámbito de las ideas filosóficas del México de principios del siglo xx. Sin duda, figuras destacadas de este movimiento promovieron una renovación fundamental en ese sentido. Las obras de Antonio Caso y de José Vasconcelos son prueba fehaciente de ello. Sin embargo, algunos miembros de esta asociación no intentaron legitimar su discurso exclusivamente desde el ámbito de la filosofía; las fuentes que utilizaban provenían de otras disciplinas. En específico, las obras tempranas de Alfonso Reyes y de Pedro Henríquez Ureña buscaron de forma intensa la interlocución con la filología profesional del momento. Hasta ahora, frente a la relevancia que el pragmatismo de William James o las ideas de Schopenhauer tuvieron en esa generación, la importancia del universo filológico –paradigma fundamental de la configuración del saber científico durante el siglo xix (Foucault 1968 [1966]: 274-294)– ha quedado opacada.<sup>1</sup> En lo que sigue quisiera sostener que el libro inicial de Alfonso Reyes no solo representa continuidades y rupturas con el campo intelectual y ensayístico mexicano de esos años, sino también la fundación, en el país, del discurso filológico moderno desde una perspectiva liberal

### 1. El silencio

En abril de 1911 apareció publicado en París, bajo el sello editorial de Paul Ollendorff, el libro *Cuestiones estéticas*. El volumen era la primera recopila-

---

<sup>1</sup> Uno de los pocos estudios que resalta esta faceta en la obra de Alfonso Reyes es el libro de Robert T. Conn (Conn 2002)

ción de ensayos que el joven Alfonso Reyes, de 21 años, daba a la imprenta. El escritor apenas recibió sus ejemplares en México, comenzó a repartirlos entre sus colegas y compatriotas. Entre ellos se contaban sus amigos del Ateneo de la Juventud; profesores de la Escuela Nacional Preparatoria; y compañeros y maestros de la Escuela Nacional de Jurisprudencia – donde en esos momentos estudiaba. Sin embargo, dentro del conjunto total de destinatarios se encontraba una comunidad intelectual muy específica: los profesionales de los estudios literarios, es decir, los filólogos. A ellos, de forma particular, Reyes dirigió personalmente el libro. Esto se puede constatar en la correspondencia inédita del escritor.

Por varias de las cartas recibidas a partir de junio de 1911 –conservadas en el Archivo Epistolar de Alfonso Reyes– se puede afirmar que el joven ensayista se ocupó de forma diligente por remitir su primer libro a figuras centrales de la filología del momento: en España envió ejemplares a Marcelino Menéndez y Pelayo, Ramón Menéndez Pidal, Adolfo Bonilla y San Martín, Federico de Onís; en Italia, a Arturo Farinelli; en Estados Unidos, al fundador de la Hispanic Society, Archer Milton Huntington; en Francia, a Ernest Martinenche, Ernest Mérimée y Raymond Foulché Delbosc; en Inglaterra, al clasicista George Saintsbury.<sup>2</sup> Todos ellos, figuras con una reconocida trayectoria en el hispanismo o en la filología, manifestaron su asombro, su simpatía y su aprobación ante el proyecto intelectual que animaba al joven mexicano. Algunos ejemplos pueden mostrar lo que sostengo.

El 19 de agosto de 1911, desde Austria, el Romanista y comparatista italiano, Arturo Farinelli, comentaba: “He leído gran parte de su libro [...] y quedo en verdad pasmado del maravilloso y completo desarrollo de su crítica, [...]. Nada [hay] de palabrero y vacío en todos sus artículos [...]. Por las sendas hayadas [sic] por nuestro común amigo, Don Marcelino Menéndez y Pelayo, adelanta Usted, con regular desenfado y con originalidad propia”.<sup>3</sup> La alusión a Menéndez y Pelayo no es menor. En esos momentos, el polígrafo de Santader seguía siendo una referencia obligada para todo estudioso de las letras hispánicas. Por esta razón, el propio Reyes le remitió su libro apenas lo tuvo. Así lo muestra una misiva que Pedro

2 Archivo Epistolar de la Capilla Alfonsina de la Ciudad de México (en adelante AE-CACD) ff. Marcelino Menéndez y Pelayo, Ramón Menéndez Pidal, Adolfo Bonilla y San Martín, Federico de Onís, Arturo Farinelli, Archer Milton Huntington, Ernest Martinenche, Ernest Mérimée y Raymond Foulché Delbosc, George Saintsbury.

3 AECACD, f. Arturo Farinelli.

Henríquez Ureña dirigió al erudito español, el 15 de febrero de 1911; en ella el joven dominicano decía:

Puedo asegurar a usted, señor, que aquí se ama y se admira su labor, y que por ella, más que por otra ninguna, se ha vuelto a comprender la significación de la literatura española. Esta labor la aman y la admiran, sobre todo, los jóvenes, a pesar de la irreflexión y la intemperancia que se atribuye siempre a la juventud en nuestros países de América. [...] Dentro de pocas semanas enviaré a usted un libro, *Cuestiones estéticas*, el escritor más joven y —a mi juicio— de más porvenir en México. En él se advierte, de manera evidentísima, la influencia de usted (Henríquez Ureña 1955 [1911]: 142-143).

La ‘evidentísima’ influencia de Menéndez y Pelayo es una exageración; en realidad, el proyecto filológico del sabio ultramontano y conservador fue sumamente conflictivo para estos jóvenes liberales americanos. No obstante, importa destacar el gesto de acercamiento que ambos ensayistas procuraban con el erudito. Otra figura fundamental del ámbito filológico, a quien Reyes envió su volumen, fue Ramón Menéndez Pidal. El 15 de septiembre de 1911, el ya consagrado director de la Sección de Filología del Centro de Estudios Históricos de Madrid, aseguraba al joven mexicano:

S. D. Alfonso Reyes: Recibí sus *Cuestiones estéticas*, y aquí en mi veraneo [...], saboreo el fruto de las variadas y eruditas lecturas de Usted. / Leyendo algunas páginas como las dedicadas a Cárcel de Amor, Góngora, pienso que libros como el de Usted corregirán algo los defectos que la anemia de lecturas, especialmente de lecturas antiguas, trae consigo para tantos jóvenes escritores que rompen toda tradición, privándose de la savia que suministran las raíces.<sup>4</sup>

Que en este caso Menéndez Pidal destaque solo ‘una’ de las tradiciones que Reyes toca en su libro —la hispánica—, no es gratuito. El filólogo, como lo ha demostrado José del Valle (2004: 109-136), proyectó, con todo el aparato legitimador de la disciplina, un discurso cultural sobre el mundo hispanoamericano donde España —y en específico Castilla— cumplía una función hegemónica.

Contrario a esta visión hispanizante, el filósofo francés Émile Boutroux destacaba, el 31 de octubre de 1911, la otra vertiente que Reyes estudiaba en su libro: el mundo clásico griego: “Il est remarquable à quel degré vous avez lu et réfléchi, et vos pensées sont coulées dans le pur monde classique. Recevez, je vous prie, [...] l’assurance de ma cordiale sympathie. Peut-être, quelque jour aurez vous l’idée de venir causer ici avec nous de tous ces

4 AECACD, f. Ramón Menéndez Pidal.

grands sujets dont vous parlez avec tant de compétence, de générosité et de grâce.”<sup>5</sup> En esos mismos días recibieron el libro los filólogos e hispanistas franceses: Foulché Delbosc, Martinenche y Mérimée; estos dos últimos muy pronto promovieron las primeras dos reseñas del libro. Los comentarios se dieron a conocer en 1912 en el *Bulletin de la Bibliothèque Américaine* (Pérès 1996 [1912]) y en el *Bulletin Hispanique* (Mérimée, 1912).

Como se puede confirmar por los testimonios anteriores, Reyes fue muy diligente para hacer llegar su libro a personajes fundamentales del ámbito de la filología. Varios adjetivos sobresalen en estas epístolas. A los ojos de los estudiosos, el joven ha mostrado, con sus trabajos, una capacidad ‘maravillosa’, ‘competente’, ‘profunda’, ‘reflexiva’, ‘erudita’, ‘correctiva’, ‘original’ y ‘talentosa’ para acercarse al fenómeno literario. Sin embargo, frente a todo ese caudal de elogios y estímulos, un elemento ensombrece el escenario. Si la opinión de los ‘especialistas’ era tan aprobatoria ¿por qué, entonces, no hubo siquiera una sola reseña del libro en el país de donde era originario el autor del volumen? Si buscamos comentarios críticos publicados justo en el momento en que *Cuestiones estéticas* llegó a México nos llevaremos una gran decepción. Ni una sola línea he podido localizar a partir de mediados de 1911 en periódicos como *El Imparcial*, *El Hogar*, *La Patria* o en publicaciones como *Revista Moderna de México*. Lo que privó en el medio intelectual mexicano fue el silencio. ¿Por qué?

Una primera respuesta nos remite al intenso escenario político que vive el país en la segunda mitad de ese año. En mayo de 1911, después de más de tres décadas de estar en el poder, Porfirio Díaz renunció a la presidencia de la República. Seis meses atrás había iniciado el movimiento de la Revolución. En el accidentado panorama nacional, la familia del joven ensayista jugaba un papel importantísimo. Bernardo Reyes, padre del escritor y antiguo ministro de Guerra de Díaz, regresó a México en junio de 1911, después de vivir un destierro de poco más de año y medio en Europa. De inmediato, con el apoyo del partido Reyista, el antiguo gobernador de Nuevo León se presentó a la contienda electoral por la presidencia del país. Las diferencias, los desencuentros y las tensiones con el otro candidato, Francisco I. Madero, pronto salieron a relucir y fueron en aumento. Hacia mediados de agosto, los ánimos políticos estaban completamente caldeados. Discursos y acusaciones iban y venían entre maderistas y reyistas; agresiones y enfretamientos físicos no faltaron. Ante el encendido ambien-

5 AECACD, f. Émile Boutroux.

te político, el General Reyes pretextó la falta de condiciones para realizar elecciones libres y decidió retirarse de la contienda. El viejo militar se refugió en San Antonio, Texas y, desde ahí, comenzó a preparar una sublevación. Madero fue electo presidente en octubre de ese año; un mes después tomó posesión del cargo. Bernardo Reyes, a principios de diciembre, fue arrestado en un par de ocasiones por las autoridades estadounidenses. Se le acusó de violar leyes de neutralidad del país vecino. Finalmente, el viejo general cruzó la frontera con México y buscó en vano a sus partidarios para iniciar una revuelta. Su confabulación había fracasado. Bernardo Reyes fue arrestado —solo— el 25 de diciembre en Linares, Nuevo León (Niemeyer 1966: 181-220). En medio de este agitado escenario político, que el joven Reyes vivió de forma intensa,<sup>6</sup> era poco probable que su libro de ensayos causara algún revuelo. La situación política rebasaba toda expectativa intelectual. Sin embargo, me parece que eso no explica del todo el mutismo que rodeó la aparición de *Cuestiones estéticas*. Algunas razones más debían haber para tan sorprendente silencio.

Otra posible explicación puede darla el propio Reyes quien, en recuerdo de las primeras reacciones de sus contemporáneos, señaló: “Al recibirse mi libro en México, alguien exclamó ‘Sorpresa de la prematurez.’ [...] Pero los más descontentadizos comentaban entornando los ojos: ‘Este Henríquez Ureña, con sus consejos, nos ha matado en flor a un poeta.’” (Reyes 1990: 156).<sup>7</sup> Este último señalamiento hace suponer que varios lectores mexicanos de su momento lamentaron el ejercicio crítico desplegado en el libro. Las razones que podrían explicar esa peculiar reacción podríamos entenderlas, creo yo, por las características del medio intelectual en el cual se concebió y se escribió el volumen. Es ahí, en las cotinuidades y en las novedades que la ensayística de Alfonso Reyes introduce en el campo intelectual y disciplinar mexicano, donde se entiende ese silencio.

6 Al respecto son reveladores los comentarios que el joven escribió en su diario, entre el 3 y el 16 de septiembre de 1911, sobre la inseguridad y desasosiego que vivía él, su familia y el país (Reyes 2010: 3-8).

7 La primera reseña de *Cuestiones estéticas*, publicada en México, apareció el 21 de julio de 1913 en el periódico *El Independiente* poco antes de que el joven ensayista saliera en el exilio rumbo a París y se debió a la pluma de Ricardo Arenales (Arenales 1996 [1913]).

## 2. Los interlocutores modernistas

*Cuestiones estéticas* reúne 14 ensayos escritos entre agosto de 1908 y junio de 1910 (Reyes 1911), es decir, se trata de textos concebidos justo en el periodo inicial de la formación del Ateneo de la Juventud. El volumen se divide en dos secciones. En la primera, Reyes trata el teatro ateniense, la poesía de Góngora, la estética de Goethe, la obra de Mallarmé y la poesía de Augusto de Armas; en la segunda, discurre sobre los proverbios y las sentencias vulgares, sobre las canciones del momento y sobre un decir de Bernard Shaw. En términos generales, el libro es esencialmente de crítica literaria. Así lo consignó el propio autor en algunas de sus memorias: “Cabe preguntarse si el título *Cuestiones estéticas* era adecuado. Desde luego, el libro se limita a la crítica literaria” (Reyes 1990: 158) ¿Quiénes eran, entonces, en el medio intelectual mexicano del momento sus posibles interlocutores? ¿Cuáles eran las prácticas críticas y los fundamentos epistémicos e ideológicos de los personajes interpelados? Para contestar a estas preguntas hay que tener en cuenta un espacio de convivencia intelectual fundamental en el periodo: la Escuela Nacional Preparatoria. En esa institución, donde Reyes estudió entre 1905 y 1907, se congregaban los interlocutores de su libro.

La famosa institución fundada en 1867 por Gabino Barreda se consolidó, durante el último tercio del siglo XIX, como el estandarte del positivismo mexicano. Ella encarnaba, después del triunfo de los liberales sobre los conservadores, los ideales educativos de un proyecto de nación (Lemoine 1970; Bazant 2000: 159-186; Hale 1991: 231-278; Díaz y de Ovando 2006). ¿Qué enseñanzas filológicas había, a principios de siglo XX, en la famosa Escuela mexicana? Al parecer, muy pocas. El programa de estudios, organizado en seis años, pretendía proporcionar al alumno un conocimiento científico y positivo. Las humanidades jugaban un papel muy secundario. Eso se muestra en la reforma del plan de estudios de 1902 —el que cursó Reyes—, donde se contemplaban únicamente tres materias relacionadas con el estudio de la lengua y de la literatura.<sup>8</sup> El panorama de la enseñanza literaria era tan escaso que a finales de 1903 se idearon varias conferencias y cursos libres que complementarían la formación humanística de los alumnos. La situación incluso es más desalentadora si tenemos

---

<sup>8</sup> La lista completa de las materias de la reforma realizada en 1902 aparece en *El Imparcial*, 3 de enero de 1902.

en cuenta el perfil de los profesores que impartían esas clases. El químico y editor Francisco Díaz de León dictaba el curso de “Raíces elementales de griego”; Jesús Urueta se encargaba de “Lecturas literarias”; Balbino Dávalos de “Literatura General”; Victoriano Salado Álvarez de “Literatura Española y Patria”; Rafael Ángel de la Peña, Carlos Díaz Dufoo, Luis G. Urbina y Manuel Revilla, entre otros, impartían los distintos cursos de “Lengua Nacional” (Díaz y de Ovando 2006: 476-490). Una buena parte de estos personajes estaba lejos de representar un proyecto profesionalizante en el estudio literario. De todos ellos se pueden deducir ciertas tendencias críticas. Por un lado, se encontraban los escritores modernista; por otro, los miembros de la Academia Mexicana de la Lengua. Entre esos dos universos se dividía y se disputaba la enseñanza de la literatura en la Preparatoria. Con cada uno de estos dos grupos polemiza, entre líneas, *Cuestiones estéticas*. Comenzaré por los escritores modernistas; para eso tomaré el caso específico de Jesús Urueta.

El antiguo director de la *Revista Moderna* era profesor de esa institución desde 1902; en ese año inauguró el curso de “Lecturas Literarias”. Poco después realizó, con ayuda de Luis G. Urbina y de Amado Nervo, una serie de lecturas en voz alta de las tragedias de Esquilo (Díaz y de Ovando 2006: 461-462). Al cabo de un tiempo concretó también unas charlas sobre la cultura ática. Todas estas actividades le permitieron publicar en 1904 su libro *Alma Poesía. Conferencias sobre literatura griega, pronunciadas en la Escuela Nacional Preparatoria* (Urueta 1904). Los ensayos que se reúnen en este volumen son emblemáticos del tipo de acercamiento que los escritores modernistas promovían en la institución educativa. ¿Cuáles eran los parámetros con los que el orador había reconstruido el imaginario literario clásico griego?

Una hojeada al libro nos muestra de inmediato su perspectiva metodológica. Se trata de una prosa artística bien cuidada, pero sin documentación crítica. Urueta hablaba de la Grecia armoniosa y juvenil que, en términos generales, habían exaltado otros modernistas de Hispanoamérica. La de Rubén Darío o la de Rodó que, por esos años, también había asegurado: “Cuando Grecia nació, los dioses le regalaron el secreto de su juventud inextinguible. Grecia es el alma joven” (Rodó 1985 [1900]: 6). Al igual que estos dos escritores, Urueta se valía de una imagen idílica de la vida ática; para él, el mundo heleno había sido el milagro de la humanidad. Las fuentes con las cuales el orador modernista construía su imagen de la antigüedad clásica eran las mismas que las cantadas por Darío: era la

Grecia de Renan, de Brunetière, de Émile Faguet, de Paul Girard, de Émile Croiset; la Grecia de la tradición francesa. Guiado por esa imagen, Urueta privilegiaba una aproximación sentimental y emotiva a las obras literarias. Ese fue el ambiente con el cual el joven Reyes incursionó en el mundo clásico en la Escuela Nacional Preparatoria. Muy pronto, por el contrario, el joven manifestó otra idea de Grecia: más informada –hasta donde le era posible a un autodidacta–, y más crítica ¿Cómo llegó a formarse este ideal de trabajo?

A finales de mayo de 1907, unos meses antes de que Reyes terminara su periodo preparatorio, comenzaron a realizarse una serie de conferencias, ideadas por el arquitecto Jesús Acevedo. Un grupo de amigos, con los cuales comenzó a frecuentarse a apartir de 1906 y que poco después se llamaría el Ateneo de la Juventud, se reunió para disertar sobre diversos temas de actualidad. Alfonso Cravioto habló sobre pintura; Antonio Caso, sobre Friedrich Nietzsche; Pedro Henríquez Ureña, sobre Gabriel y Galán; Rubén Valenti, sobre la crítica literaria; Jesús Acevedo, sobre la arquitectura doméstica; Ricardo Gómez Robelo, sobre Edgar Allan Poe. En la última de las sesiones, el joven Reyes leyó una serie de sonetos en homenaje a Chenier. Se trataba de la primera jornada cultural de la nueva generación de intelectuales en México (García Morales 1992; Hernández Luna 2000; Curiel 2001; Quintanilla 2008). Después de este encuentro, y animados por el éxito que habían tenido, los jóvenes comenzaron a reunirse para leer de forma sistemática las obras centrales de la antigüedad clásica y los trabajos críticos y filológicos fundamentales sobre ese acervo literario. Con este universo de lecturas proyectaron una serie de charlas sobre la cultura griega. Las conferencias sobre Grecia nunca se realizaron; sin embargo, el universo de lecturas filológicas que estuvo presente en esas reuniones fue determinante. Los jóvenes no solo leyeron las traducciones de los poemas de Homero, de Hesiodo, de las obras de Esquilo, Sófocles, Eurípides y Platón, sino también a los filólogos y arqueólogos encargados de editarlos y comentarlos: a Curtius, a Müller, a Gomperz, a Weil, a Murray (Henríquez Ureña 2013: 83-85).

Con todo este acervo disciplinario, Alfonso Reyes escribió el ensayo que abre su libro *Cuestiones estéticas*; me refiero a “Las tres *Electras* del teatro ateniense” (Reyes 1911: 9-66). Al comparar las conferencias de Urueta con el ensayo de Reyes nos damos cuenta de los nuevos caminos por los que ha transitado la idea de estudio literario de la antigüedad clásica en México: del impresionismo y lirismo modernista, a un cierto universo filológico de



los miembros del Ateneo. El joven escritor comentaba y discutía la Grecia estética que había creado la escuela de Oxford, con Walter Pater y Gilbert Murray; pero también retomaba la imagen pesimista y desmesurada del mundo Helénico que la filología alemana había construido a lo largo del siglo XIX, en las obras de Otfried Müller, Ulrich von Wilamowitz-Moellendorf o Friedrich Nietzsche. Mientras Urueta describía la situación del coro en el escenario, sus ademanes, sus intervenciones, sus vestidos (Urueta 1904: 120-125); Alfonso Reyes, por el contrario, se preguntaba por la función genealógica de este elemento en la concepción global de la tragedia:

Del coro ha dicho August Wilhelm Schlegel que es el ‘espectador ideal’. La crítica de esta teoría se halla condensada en las palabras de Nietzsche: ‘Nosotros [dice] habíamos pensado que el verdadero espectador, sea quien fuere, debía estar cierto de tener ante sí una obra artística y no una realidad empírica; y el coro trágico de los griegos está, por cierto, obligado a reconocer, como existencias corpóreas, las figuras escénicas’ [...] el coro es el principio lírico y superviviente de la tragedia primitiva [...] es la supervivencia de las danzas de sátiros en rededor de Dionisos [...] según esta interpretación, en el coro residiría la verdadera tragedia puesto que, como dice Otfried Müller, ‘el interés de la tragedia clásica no se halla nunca en el hecho material. El drama que sirve de base y fondo es un drama interior, moral’ (Reyes 1911: 31-33).

Quizá quien más certeramente vio la diferencia entre el mundo clásico de los modernistas y de los jóvenes del Ateneo, en ese momento, fue el historiador Luis González y Obregón. El viejo maestro recibió puntualmente el volumen de *Cuestiones estéticas* en julio de 1911. En agradecimiento, después de leerlo, escribió en una carta una serie de comentarios que revelan el carácter peculiar de la ensayística de Reyes en el campo intelectual mexicano:

Recibí su libro *Cuestiones estéticas*, que he estado leyendo con positivo interés, y deleitándome por lo novedoso y por lo correctamente escrito. Sorprenden, en verdad, los conocimientos que demuestra usted de Clásicos antiguos, tan desdeñados por nuestros coetáneos que, en su mayoría, sólo hojean libros ligeros de autores franceses o españoles modernistas. Los asuntos que Usted estudia con tanta erudición [...], son de suyo importantísimos y de muchísima novedad.<sup>9</sup>

Hay que señalar, sin embargo, que la incursión de Reyes en el mundo de la literatura clásica griega siempre estuvo mediada por las lenguas modernas. El joven no tenía conocimientos profundos de griego. La Nacional Prepa-

9 AECACD, f. González y Obregón, carta del 21 de julio de 1911.

ratoria no ofrecía esa formación. En esos momentos, los estudios de griego y de latín en México se concentraban en las escuelas religiosas. Si revisamos el programa de estudios preparatorianos del colegio jesuita más importante de la ciudad de México (Mascarones), contemporáneo de la Escuela Nacional Preparatoria, nos percataremos de la diferencia que existía entre la formación de la escuela preparatoria, y la ofrecida por el centro de estudio de los religiosos (Bazant 2000: 187-216). Una era el emblema de la educación liberal: científica, moderna, positivista; la otra, de la conservadora: clásica, con cursos intensos de latín y griego. Sin embargo, la escuela religiosa no tenía la perspectiva filológica. Se trataba de una formación humanista católica tradicional, donde las propuestas de Max Müller o de Wilamowitz-Moellendorff estaban desterradas. En otras palabras, ahí se aprendía la lengua no la disciplina. De esta manera, la apuesta de Reyes y de los jóvenes del Ateneo era muy peculiar: no sabían griego, porque no tenían un espacio institucional para su aprendizaje, pero se acercaban a los rudimentos crítico-históricos del campo disciplinar de los estudios filológicos.

Hay otro trabajo en el libro *Cuestiones estéticas* que discute y polemiza con las concepciones críticas de los modernistas. Me refiero al ensayo sobre Mallarmé que Alfonso Reyes escribe en 1909 y publica en ese volumen (Reyes 1911: 143-164). El poeta francés fue bastante leído por los escritores hispanoamericanos y mexicanos de finales de siglo XIX. Sin embargo, si bien fue leído e incluso imitado, pocos se atrevieron a escribir algún ensayo crítico sobre el poeta. Todo pasaba a nivel lírico; nada a nivel conceptual. Y si algo caracterizaba el proyecto de Mallarmé era su dimensión reflexiva. Las primeras notas explicativas en el mundo de lengua española sobre el poeta francés aparecieron poco después de su muerte. Rubén Darío, en octubre de 1898, publicó un artículo en el *Mercurio de América* de Buenos Aires; poco después, otro ensayo en la *Revista Moderna de México* (Darío 1899). En ambos trabajos se notaba una clara desconfianza ante las explicaciones racionales de la poética de Mallarmé. Fuera de los comentarios del nicaragüense, muy poco se ensayó sobre la obra de este poeta. Al parecer, la opinión más o menos generalizada en México era la que confesaría Rafael López a Alfonso Reyes en carta de 1911: “En voz baja le confieso a Usted que entiendo muy poco, casi nada, a este poeta.”<sup>10</sup> Por lo tanto, el texto juvenil de Alfonso Reyes “Sobre el procedimiento ideológico de Stéphane

---

10 AHCACD, folio Rafael López, carta del 14 de agosto de 1911.

Mallarmé” tiene que leerse como una afrenta y una incitación a un público modernista que evitaba reflexionar sobre los límites y las funciones del lenguaje artístico en su relación con el pensamiento: “Que nuestro lenguaje sea inferior a nuestros poderes de introspección psicológica [...] es sabido ya y lo han comentado profundamente filólogos y psicólogos en varias edades” (Reyes 1911: 89). Reyes, en ese ensayo, indagaba en tres cuestiones de la poética mallarmeana: el fluir de la conciencia, el problema estético como un problema del conocimiento y, finalmente, la representación de la belleza como la totalidad de espíritu. De esta manera, el joven mexicano reunía, en su lectura, las indagaciones de William James, Benedetto Croce y Friedrich Hegel. Habría que señalar, tal vez en descargo de sus contemporáneos, que la parálisis crítica respecto de la obra mallarmeana no fue una característica exclusiva del medio intelectual mexicano. En realidad la obra de este poeta apenas comenzó a ser comentada –incluso en el ámbito francés– al rondar la primera década del siglo xx. Los primeros trabajos críticos serios se debieron a las plumas de Camille Mauclair y de Albert Thibaudet y fueron escritos, respectivamente, entre 1906 y 1912. El ensayo de Reyes situado en medio de estos dos proyectos era, en este sentido, un parteaguas crítico. Tiempo después, el mexicano recordaría:

Tras la inesperada muerte del poeta en 1898, sus amigos y admiradores se apresuraron a pagar tributo a su memoria [...]. Al fin, en 1912, aparece la excelente obra de Thibaudet, *La poesía de Stephan Mallarmé*, que inaugura una nueva etapa [...]. Apenas me atrevo a decir que mi ensayo de adolescencia ‘Sobre el procedimiento ideológico de Stéphane Mallarmé’ data de 1909, y que la crítica ulterior no ha rectificado uno solo de mis puntos de vista. Pero, naturalmente, estamos todavía muy lejos del anhelado día en que se conozcan entre sí y se armonicen las producciones de dos mundos lejanos y de dos lenguas diferentes. Thibaudet nunca supo que un oscuro joven mexicano se le había adelantado. Paul Valéry –lo digo con alegría y sin orgullo– tuvo noticias de mis empeños, gracias a nuestra amistad personal (Reyes 1991: 131-132).

Pero *Cuestiones estéticas* no solo continuaba e interpelaba al medio intelectual del modernismo mexicano. El libro también polemizaba con otros profesionales de las letras en ese momento.

### 3. Retórica y política: disputas sobre los 'principios'

Si bien a principios del siglo xx la planta de profesores de literatura en la Escuela Nacional Preparatoria tenía a algunos representantes del modernismo, también es cierto que otro grupo de intelectuales dedicados profesionalmente a las letras se congregaba en ese recinto educativo: me refiero a los miembros de la Academia Mexicana de la Lengua. Profesores de esa institución que dieron clases a Reyes fueron Manuel G. Revilla y Victoriano Salado Álvarez. Ninguno de estos dos personajes comulgaba con el credo estético ni con la forma de aproximarse al hecho literario que predicaban Jesús Urueta, Luis G. Urbina, Balbino Dávalos y Amado Nervo; por el contrario, en ellos había dos características destacables: su posición metodológica retórica y sus convicciones políticas conservadoras. Comenzaré con Manuel G. Revilla.

Este profesor era un perfecto representante de una de las corrientes críticas predominantes a lo largo del siglo xix y principios del xx: el neoclasicismo retórico. Revilla, al igual que José Gómez Hermosilla y su *Arte de hablar en prosa y verso* –*vademécum* de los profesores de la centuria antepasada–, consideraba que la literatura había que estudiarla a partir de los principios de la belleza que estaban contenidos en los manuales del buen decir y escribir. Al menos eso se muestra en una pequeña polémica en la que estuvo involucrado. En su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, pronunciado en 1915, es decir, varios años después de haber sido profesor de Alfonso Reyes, Manuel G. Revilla seguía asegurando que la única perspectiva válida para acercarse al estudio de la literatura era la retórica (Revilla 1954). El viejo maestro discutía ahí con un joven intelectual que, un par de años antes, había publicado un folleto donde se postulaba el estudio histórico de las letras y se declaraba la muerte de la aproximación preceptiva. El joven profesor era Pedro Henríquez Ureña. El dominicano había publicado en 1913, al momento de ingresar como profesor a la Escuela Nacional Preparatoria, el folleto “La enseñanza de la literatura”. Ahí, el ateneísta había asegurado: “La experiencia ha demostrado que es inútil el estudio de la preceptiva” “¿De qué sirve dar reglas fundadas en obras pretéritas, si veinticinco años después, habrán aparecido elementos artísticos, no comprendidos en aquellas reglas?” (Henríquez Ureña 2014 [1913]: 108). El estudio histórico del fenómeno literario que pregonaba Henríquez Ureña era, por supuesto, compartido por Alfonso Reyes. Basta revisar el extenso programa de “Historia de la lengua y la literatura castellanas”

que el autor de *Cuestiones estéticas* presentó en la Escuela de Altos Estudios en abril de 1913 para confirmar este hecho.<sup>11</sup> Revilla, ante los postulados de los jóvenes, respondió de forma tajante: “¿Concebís que un buen profeso-  
sante o concursante de literatura ignore lo que es un tropo, lo que significa la armonía imitativa, lo que es una expoliación? ¿Podrá alguien que aspire a buen versificador, ignorar las leyes del ritmo y estar ayuno de los términos, hiato, sinalefa, cesura y otros?” (Revilla [1915] 1954: 107). Al final de su discurso, Revilla declaraba su credo metodológico: “Para mí la historia literaria debe ser el coronamiento de la preceptiva y de la práctica de la composición” (Revilla 1954 [1915]: 107).

Esa perspectiva crítica fue parodiada sagazmente por el joven Alfonso Reyes en uno de los ensayos de su libro *Cuestiones estéticas*. Al final del texto “El demonio de la biblioteca” asegura, en alusión que parece dirigida a su maestro Manuel G. Revilla: “escribís como los romanos; procedéis por deducciones, por *sorites* interminables; sois escolásticos” (Reyes 1911: 198). Pero Revilla no sólo representaba el pasado en términos disciplinares, también encarnaba el conservadurismo político más rancio. Basta revisar el libro que le abrió las puertas de la Academia Mexicana de la Lengua para darnos cuenta de su paradigma político. En 1897 fue asesinado Antonio Cánovas del Castillo, el ideólogo del restauracionismo monárquico en España. Manuel G. Revilla, proclive a las ideas políticas del español, escribió entonces un libro con el título: *Cánovas y las letras. Estudio Crítico*. Ahí, el erudito mexicano realizaba un triple movimiento discursivo: por un lado, reivindicaba la figura política del ideólogo conservador; por otro, destacaba –y compartía– su desprecio por los ideales de igualitarismo que infectaban los discursos políticos del momento y, finalmente, reivindicaba los trabajos de crítica literaria de Cánovas del Castillo donde este último analizaba los caracteres de la literatura y de la cultura de la ‘raza española’ (Revilla 1898).<sup>12</sup> No creo que sea una simple coincidencia que, poco después de

11 Se trata de un mecanuscrito de 90 páginas que Alfonso Reyes terminó de escribir en abril de 1913 y que se encuentra resguardado en AHCACM bajo el título: “Programa del curso de Lengua y literatura castellanas de la Escuela Nacional de Altos Estudios”. En otro momento analizaré este documento que es fundamental –fundacional– para entender los intentos de profesionalización de los estudios literarios en México.

12 Un par de citas pueden ayudar a definir el espectro ideológico de este personaje. Revilla asegura que Cánovas ha señalado “el grave peligro que para la sociedad entraña la corriente invasora de la democracia pura, que no retrocede ante la expectativa de convertir en legislador al proletario miserable y comunista” (Revilla 1898: 80); al mismo tiempo alaba, en la figura de Cánovas, al defensor “firme de los derechos de España sobre sus colonias” (Revilla 1898: 89) y condena a los estadounidenses porque son unos

publicar este libro, Manuel G. Revilla haya sido nombrado miembro de la Academia Mexicana de la Lengua correspondiente de la Real Española. Las virtudes de su texto, aristocrático y monárquico, lo hacían merecedor de formar parte de la institución.<sup>13</sup>

Reyes era absolutamente consciente de lo que representaban culturalmente las aproximaciones críticas –retóricas– y las posturas políticas –conservadoras– de Manuel G. Revilla y de otros académicos de la lengua en México. Al menos eso se nota claramente en una reseña publicada en diciembre de 1911. Ahí, en la figura de Victoriano Agüeros –académico de la lengua recién fallecido–, el joven ensayista hacía un recuento de las labores del difunto y criticaba acervamente los proyectos culturales de los grupos conservadores. Para Reyes, Agüeros representaba la viva imagen de un tipo de intelectual decimonónico: católico, miembro de la Academia de la Lengua, diletante, “flojo”, “terco”, “plácido”. La serie de adjetivos son sumamente significativos si tomamos en cuenta que el joven, en ese momento, tiene 22 años y que el académico era una figura tutelar del panteón conservador. “Su obra revela una naturaleza [...] maleada por la disciplina de partido, contaminada de malas letras [...]. Su vocación le llevó al fin, como era de esperar, a la Academia Mexicana [...]. Fue director de *El Tiempo* [el diario conservador por excelencia].” (Reyes [1911] 1996: 283-289) Pero la actividad más destacable de Agüeros, según Reyes, fue su labor editorial: fundó la Biblioteca de Autores Mexicanos, “copiada en el tamaño y forma de imprenta, de la Colección de Escritores Castellanos, [...]”. Ante todo, y para ser justo, Agüeros debió haber llamado su colección Biblioteca de Autores Católicos Mexicanos”, ya que sólo por oportunismo político publicó, aunque “bárbaramente mutiladas”, las obras de algunos escritores liberales como Ignacio Manuel Altamirano. Todos los

---

“usurpadores de Tejas y falaces atizadores de la insurrección cubana” (Revilla 1898: 91). La filosofía cristiana, el antipositivismo y el antievolucionismo radical de Cánovas del Castillo (Revilla 1898: 26-30) hacen de él, según el mexicano, “un guía seguro de la vida pública” de los pueblos de Hispanoamérica, pues es una “gloria de nuestra raza” (Revilla 1898: 90).

13 Manuel G. Revilla ingresó a la Academia Mexicana de la lengua en 1903. Si bien es cierto que durante el porfiriato las tensiones iniciales de la Academia de la Lengua, que fue conformada en principio solo por conservadores, se diluyeron e incluso comenzaron a ser invitados personajes claramente identificado con el proyecto liberal; la verdad es que esta institución, a principios del siglo xx, seguía siendo dominada, en gran parte, por los grupos de tendencia conservadora. Por desgracia, fuera de las semblanzas hagiográficas y laudatorias de José María Carreño y José Luis Martínez, no existe un trabajo que revele las tensiones y las polémicas al interior de la Institución (Martínez 2004). El único trabajo crítico hasta el momento es el de Cifuentes (2014: 167-181).

reparos que Reyes pone a los proyectos de Agüeros y a sus correligionarios de partido, resultan reveladores por una simple razón: estos personajes, en su mayoría, habían escrito la historia literaria de México durante el siglo XIX. Francisco Pimentel, Joaquín García Icazbalceta, Victoriano Agüeros; todos ellos partidarios del sector conservador y monárquicos confesos —varios habían sido miembros del gabinete de Maximiliano de Habsburgo y se habían refugiado en la Academia de la Lengua en 1875 tras la derrota del proyecto conservador—, habían relatado el devenir de las letras patrias. ¿Cuáles eran los elementos rectores que estructuraban las historias literarias de estos personajes?

En principio hay que aceptar que los términos ‘liberal’ y ‘conservador’ están lejos de definir un espectro político y cultural unitario. Sin embargo, ambos conceptos pueden ser útiles para describir ciertas actitudes culturales. Tal como Tomás Pérez Vejo lo ha asegurado, una guía para destacar las diferencias entre ambos sectores, en el México del siglo XIX y de principios del XX, puede ser la relación especial que una y otra fracción asumió respecto del pasado español. Mientras los liberales hacían retroceder la explicación y el génesis del país a un sustrato prehispánico, los conservadores asumían que el origen de la patria era España. Ignacio Manuel Altamirano, Guillermo Prieto e Ignacio Ramírez remitían el origen nacional a un pasado anterior a la conquista o a Hidalgo, pero nunca a la península Ibérica; por el contrario, José María Roa Bárcena, Joaquín García Icazbalceta y Francisco Pimentel —en consonancia con Lucas Alamán— consideraban que México era fruto de una continuidad española (Pérez Vejo 2008) (Pérez Vejo 2014).<sup>14</sup> Este ideologema central, que estuvo en constante lucha desde inicios del siglo XIX hasta el triunfo de los liberales en 1867, comenzó a diluirse conforme avanzó el porfiriato en las últimas décadas de la centuria. Ya para 1910, con la conmemoración del Centenario de la Independencia, los grupos liberales —tradicionalmente hispanófobos— manifestaron una total reconciliación con el discurso hispanista. Una figura típica que representa el caso del liberal hispanófilo, miembro de la Academia de la Lengua, fue el novelista y profesor de literatura de Reyes en la Escuela Nacional Preparatoria: Victoriano Salado Álvarez.

<sup>14</sup> Así lo resume el historiador: “El programa de los primeros [los conservadores] es la construcción de una nación en la que la herencia española se convierta en marca de identidad; el de los segundos [los liberales] es la desespañolización de México como proyecto nacional” (Pérez Vejo 2008: 22).

Si bien Salado no compartía el origen conservador de la mayoría de los fundadores de la Academia de la Lengua, sí era partícipe de sus fobias contra el afrancesamiento de los escritores modernistas. Salado, al igual que su congénere de institución académica, abominaba de las experimentaciones estéticas de Amado Nervo y Manuel Gutiérrez Nájera. A todos ellos los calificó de “imitadores serviles” de Francia y lamentó que, en aras de seguir las modas más recientes de París, hubieran olvidado “conservarse neta y firmemente hispanos en lo que va a la expresión” (Salado Álvarez 1899: ix, 30). No es casual que este personaje impartiera en la clase de Literatura Española en la Preparatoria. Sin embargo, Salado no era un estudioso de las letras; su obra en esos momentos se dividía entre novelas naturalistas y una serie de episodios nacionales escritos a la manera de Galdós. En realidad el estudio del pasado literario español y el estudio de la literatura nacional seguía permaneciendo, en términos generales a principios del siglo xx, en manos de los conservadores. Eso lo tenía muy presente Reyes: “Solo algunos conservadores, desterrados de enseñanza oficial, se comunicaban celosamente, de padres a hijos, la reseña secreta de la cultura mexicana; y así, paradójicamente, estos vástagos de imperialistas que escondían entre sus reliquias familiares alguna librea de la efímera y suspirada corte, hacían de pronto figura de depositarios y guardianes de los tesoros patrios” (Reyes 1997: 193). Es evidente que el ensayista se refiere en este pasaje a Francisco Pimentel y a Joaquín García Icazbalceta, ambos figuras centrales del proyecto conservador y fundadores de los estudios literarios en el xix. Está claro que ese pasado literario, nacional e hispánico, tenía que ser disputado, *grosso modo*, por los liberales. Eso fue lo que hicieron, me parece, los Jóvenes del Ateneo cuando en 1910, a raíz de la visita de Rafael Altamira a México —cuyo viaje era parte de todo un proyecto panhispanista—, elaboraron una velada en honor del historiador español. Alfonso Reyes disertó sobre Luis de Góngora; Pedro Henríquez Ureña, sobre Hernán Pérez Oliva; Rafel López leyó una elegía a Campoamor; el propio Altamira habló sobre Literatura española contemporánea.<sup>15</sup> ¿Qué hacía Alfonso Reyes en ese ensayo que poco después recogería en *Cuestiones estéticas*? La respuesta, sin duda, es evidente: una doble polémica; estética y cultural. Góngora, durante todo el siglo xix, fue tachado de poeta oscuro e impenetrable. Los preceptos neoclásicos lo habían desterrado a los terrenos del mal gusto.

15 Una reseña de ese encuentro se localiza en “El señor Altamira en El Ateneo de la Juventud”, *El Imparcial*, miércoles 26 de enero de 1910, p. 2.



Reyes, por el contrario, aseguraba que “el verdadero deber crítico exige ya urgentes rectificaciones”. El joven resaltaba entonces “la elegancia, [...] el anhelo de aristocrática perfección, que hacen de cada uno de sus versos, aislados, maravillas de belleza” (Reyes 1911: 108). La vehemente defensa de la estética góngorina no sólo era una reivindicación literaria; también se trataba, sobre todo en el México de ese momento, de una apropiación y una batalla cultural. Los jóvenes descendientes de liberales, ellos mismo concebidos como sujetos de una tradición liberal, se acercaban y se disputaban el acervo y la tradición hispánica, regularmente asociada a los grupos políticos conservadores. Reyes negociaba así la idea de unos “principios”, para utilizar las palabras de Arcadio Díaz Quiñones (Díaz Quiñones 2006). Su trabajo crítico tenía, de esta manera, una clara intención política: legitimar disciplinariamente la apropiación de un acervo literario para un proyecto cultural.

Este recorrido, me parece, confirma el profundo perfil provocador y polémico que *Cuestiones estéticas* tuvo en 1911 al momento de su aparición. El ambiente intelectual mexicano de ese entonces –rodeado por los inicios de la revuelta revolucionaria– debió quedar atónito; poco o nada tenían que decir sobre este libro. Sus continuidades y sus polémicas implícitas, con los modernistas y con los miembros de la Academia Mexicana de la Lengua, nos muestran que el libro y el proyecto de Reyes –entre el ensayo y la tradición de la filología– interpelaban profundamente el ambiente intelectual disciplinario mexicano y establecían, al mismo tiempo, una serie de pactos culturales que, muy pronto, serán fundamentales. A partir de ellos se estructurarán los ejercicios críticos, historiográficos y filológicos de los miembros del Ateneo de la Juventud; me refiero a la *Antología del Centenario*, elaborada por Luis G. Urbina y Pedro Henríquez Ureña y a los textos que Reyes comenzó a escribir entre 1911 y 1913 sobre la historia literaria nacional. En ellos, sin duda, hay un proyecto historiográfico que, alejado de los parámetros conservadores, pacta con una tradición y que podríamos denominar: un hispanismo liberal americano.

## Bibliografía

- ARENALES, Ricardo (1996 [1913]): "Un encomio anónimo". En: *Páginas sobre Alfonso Reyes*, vol. 1, primera parte, coomp. Alfonso Rangel Guerra. México, D.F.: El Colegio Nacional, pp. 8-10.
- BAZANT, Mílida (2000): *Historia de la educación durante el porfiriato*. México, D.F.: El Colegio de México.
- CIFUENTES, Bárbara (2014): "The politics of lexicography in the Mexican Academy in the late nineteenth century". En: Del Valle, José (ed.): *A Political History of Spanish. The Making of a Language*. New York: Cambridge University Press, pp. 167-181.
- CONN, Robert T. (2002): *The Politics of Philology. Alfonso Reyes and the Invention of the Latin American Literary Tradition*. Lewisburg: Bucknell University Press.
- CURIEL, Fernando (2001): *El Ateneo de la Juventud (A-Z)*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- DARÍO, Rubén (1899): "Mallarmé. Notas para un ensayo futuro". En: *Revista Moderna*, II, 1, pp. 17-18.
- DEL VALLE, José (2004): "Menéndez Pidal, la regeneración nacional y la utopía lingüística". En: Del Valle, José/Gabriel-Stheeman, Luis (eds.): *La batalla del idioma. La intelectualidad hispánica ante la lengua*. Madrid/Frankfurt a.M.: Iberoamericana/Vervuert, pp. 109-136.
- DÍAZ QUIÑONES, Arcadio (2006): *Sobre los principios: los intelectuales caribeños y la tradición*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- DÍAZ Y DE OVANDO, Clementina/GARCÍA BARRAGÁN, Elisa (2006): *La Escuela Nacional Preparatoria. Los afanes y los días 1867-1910*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- FOUCAULT, Michel (1968 [1966]): *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Trad. Elsa Cecilia Frost. México, D.F.: Siglo XXI.
- GARCÍA MORALES, Alfonso (1992): *El Ateneo de la Juventud (1906-1914)*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos.
- HALE, Charles A. (1991): *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*. México, D.F.: Vuelta.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro (1955): "Archivo Literario de Hispanoamerica. Correspondencia de Pedro Henríquez Ureña". En: *Revista Dominicana de Cultura*, 1, 1, pp. 113-171.
- \_\_\_\_ (2013): *Memorias*. En: *Obras completas*, vol. 3, ed. Miguel D. Mena, Santo Domingo: Ministerio de Educación, pp. 15-87.
- \_\_\_\_ (2014): "La enseñanza de la literatura". En: *Obras completas*, vol. 6, ed. Miguel D. Mena. Santo Domingo: Ministerio de Educación, pp. 99-112.
- HERNÁNDEZ LUNA, Juan (coomp) (2000): *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- LEMOINE, Ernesto (1970): *La Escuela Nacional Preparatoria en el periodo de Gabino Barreda 1867-1878*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- MARTÍNEZ, José Luis (ed.) (2004): *Semblanzas de académicos. Antiguas, recientes y nuevas*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica/Academia de la Lengua.

- MÉRIMÉE, Ernest (1912): "Alfonso Reyes, *Cuestiones estéticas*". En: *Bulletin Hispanique*, XIV, 1, pp. 106-107.
- NIEMEYER, Eberhardt Victor (1966): *El general Bernardo Reyes*, tr. Juan Antonio Ayala, pról. Alfonso Rangel Guerra. Monterrey: Gobierno de Nuevo León/Universidad de Nuevo León.
- PÉRÈS, Jean (1996 [1912]): "Sobre *Cuestiones estéticas*". En: *Páginas sobre Alfonso Reyes*, vol. I primera parte, coomp. Alfonso Rangel Guerra. México, D.F.: El Colegio Nacional, pp. 4-7.
- PÉREZ VEJO, Tomás (2008): *España en el debate público mexicano, 1836-1867*. México, D.F.: El Colegio de México.
- \_\_\_\_ (2011): "Cuando los españoles estuvieron a punto de dejar de ser gachupines". En: *Enemigos íntimos. España, lo español y los españoles en la configuración nacional hispano-americana 1810-1910*. México, D.F.: El Colegio de México, pp. 213-244.
- QUINTANILLA, Susana (2008): *Nosotros. La juventud del Ateneo de México. De Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes a José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán*. México, D.F.: Tusquets.
- REYES, Alfonso (1911): *Cuestiones Estéticas*. Paris: Ollendorf.
- \_\_\_\_ (1990): *Historia documental de mis libros*. En: *Obras completas*, vol. 24. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_ (1991): *Culto a Mallarmé*. En: *Obras completas*, vol. 25. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_ (1997): *Pasado Inmediato*. En *Obras completas*, vol 12. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_ (2010): *Diario I. 1911-1927*. Edición, notas e introducción de Alfonso Rangel Guerra. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- REVILLA, Manuel G. (1898): *Cánovas y las letras. Estudio Crítico*. México, D.F.: Tipografía de El Tiempo.
- \_\_\_\_ (1954): "La crítica. Discurso de ingreso a la Academia de la Lengua correspondiente de la Real Española, 3 de julio y 6 de agosto de 1915". En: *Memorias de la Academia Mexicana correspondiente de la Española, Discursos Académicos*, tomo IX. México, D.F.: Jus.
- RODÓ, José Enrique (1985 [1900]): *Ariel. Motivos de Proteo*. Caracas: Ayacucho.
- SALADO ÁLVAREZ, Victoriano (1899): *De mi cosecha*. Guadalajara: Imprenta de Ancira y Hnos. Ochoa.
- URUETA, Jesús (1904): *Alma Poesía. Conferencias sobre literatura griega, pronunciadas en la Escuela Nacional Preparatoria*. México, D.F.: Imprenta de Ignacio Escalante.

## Archivos

ARCHIVO EPISTOLAR DE LA CAPILLA ALFONSINA DE LA CIUDAD DE MÉXICO.